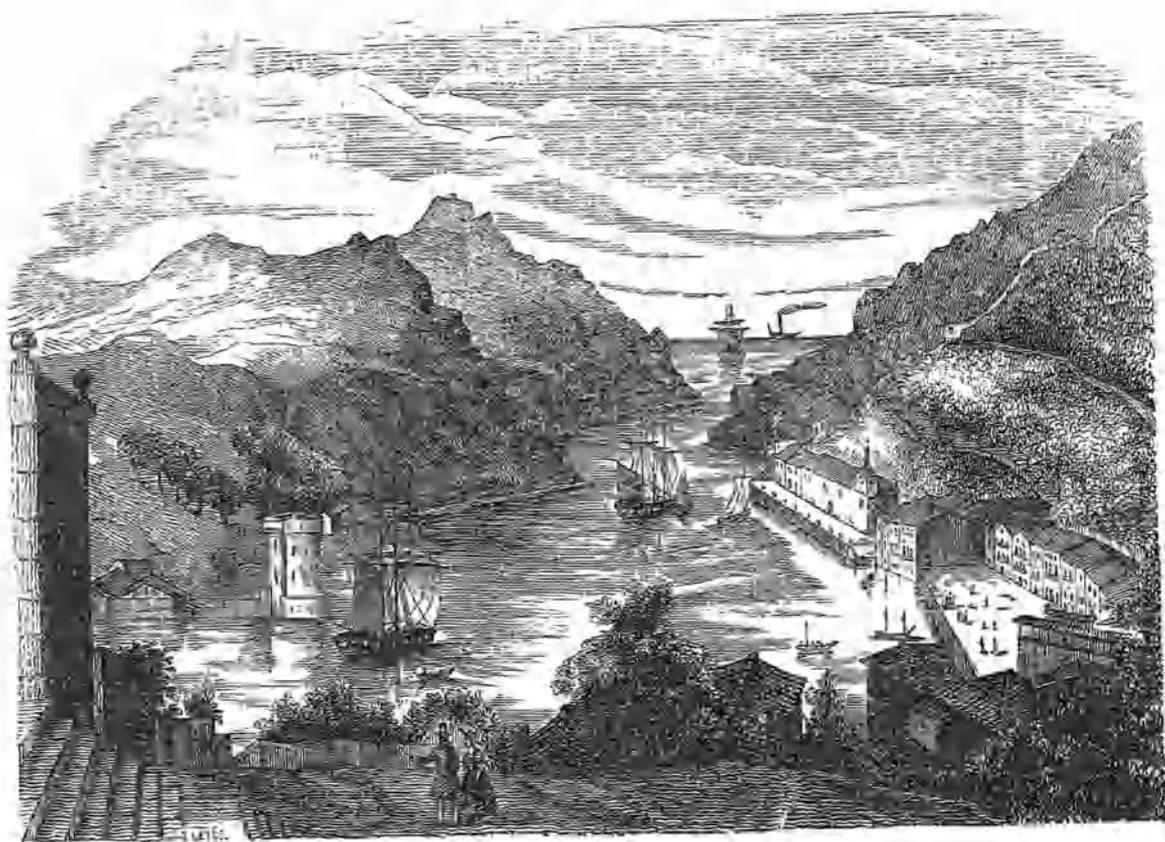


ESPAÑA PINTORESCA.



EL PUERTO DE PASAGES.



Como á la distancia de tres cuartos de legua de la ciudad de San Sebastián siguiendo el camino que conduce á Francia se halla á la izquierda el puerto de Pasages, el mas importante sin duda de cuantos tiene la bella provincia de Guipúzcoa, sin embargo de hallarse en la actualidad casi completamente abandonado. Esta pequeña villa, situada hoy á espaldas del monte denominado Jaizquibel en la orilla opuesta del canal, era una aldea de escasa importancia en 1599 bajo la dependencia y jurisdiccion de Fuenterrabia hasta el año de 1770 en que comenzó por sí misma á gobernarse. Varias han sido las alternativas de decadencia y prosperidad que ha sufrido este puerto en los siglos transcurridos desde su existencia; pero su notable posicion topográfica y su magnifico puerto le han hecho casi constantemente representar en la historia uno de los

papeles mas importantes. Aun recuerda Pasages aquellos dias gloriosos de 1656 en que los mejores navios de la compañía de Caracas y muchos de linea se hacian y aprestaban en su soberbia ensenada para salir á surcar los mares y llevar su nombre mas allá de los de la Rochela y de la Holanda, y cuando el general inglés Dorset al frente de una armada compuesta de 8000 flecheros llegó en 1512 á prestar socorro al duque de Alba invertido á la sazón en la conquista de Navarra. La ambición inglesa conociendo el descuido y desprecio con que el gobierno español lo ha mirado siempre, y tal vez creyendo poderlo poseer como á un nuevo Gibraltar, tendió una mirada usurpadora sobre este tan importante punto cuando vinieron á prestar ayuda á las armas de Isabel en la última lucha: con este pretexto se establecieron en él, hicieron un castillo y lo fortificaron de una manera imponente; pero el gobierno de España, avisado sin duda y receloso de las intenciones de los que le ocupaban como aliados, y cuando por la conclusion de la guerra no habia causa razonable para que permanecieran en él por mas tiempo, les hizo una ó mas intimaciones para

que lo desocupasen, lo que verificaron al fin con tanto sentimiento por su parte como contento y alborozo por la de los buenos españoles.

Antes de llegar á Pasages se atraviera en un bote dirigido por las famosas lateleras una gran esplanada de agua á manera de manga toda rodeada de hermosos cerros sembrados de caseríos, y torciendo á la izquierda ó doliendo un recodo se dá vista á la bahía de Pasages, ó mejor dicho de los Pasages, puesto que son dos bandas ó dos mitades las en que se divide la villa. Entonces es cuando se presenta á la vista un cuadro verdaderamente sublime; á la derecha é izquierda altos y escarpados cerros separados por un estrecho ó canal que comunica el mar con la bahía y á cuyas faldas ó vertientes está situada la población en dos mitades según llevamos dicho, una al lado izquierdo que se llama banda de España, y otra al derecho que es conocida por banda ó Pasages de Francia por estar mas próxima á dicho reino y en la misma dirección. En frente se distingue el gran Océano con la braveza que suele tener por la costa cantábrica batiendo con sus gigantes olas los dos enormes peñones ó montes que forman la boca del puerto; y á la espalda la soberbia esplanada de agua que forma la bahía toda circundada de montes y valles deliciosos entre los cuales descuellan formando una agradable visualidad los empinados cerros de Oyarzuti.

El Pasages denominado de Francia es mayor que el llamado de España y en él se halla el hermoso astillero donde se construyen en el día bergantines y muchos buques mercantes con bastante perfeccion y solidez. La fábrica de cordelas de la *Empresa naval de Pasages* es magnífica, tal vez la mejor de Europa después de la de Tolon, en la cual se fabrican cables de distintas clases, algunos hasta de ciento cincuenta brazas de longitud, y cuyo dilatado salon tiene sobre 1400 pies de largo; sin embargo esta soberbia cordelería no está en el día en su mayor auge, pues aunque ocupa al presente de veinte á veinte y cuatro operarios no tiene comparacion con la época no muy remota en que invertía hasta ochenta.

Nada de particular ofrece el edificio donde está en la actualidad establecida la aduana nacional. La iglesia parroquial bajo la advocacion de S. Juan Bautista es bastante capaz y de muy buena solidez y construcción y su fabrica data de el año de 1545. Tiene además otras dos mas pequeñas, la una llamada de Bonanza y la otra de Santa Ana, templos suficientes para esta mitad de la pequeña población de Pasages. Habia también en esta banda, y acaso lo mas notable en una y otra, un *Colegio de jesuitas franceses* que lanzados de su patria á fines del pasado siglo por las furiosas olas de la célebre revolucion encontraron en este punto un asilo hospitalario, en el cual se dedicaron á promover la enseñanza y á cultivar las letras y las ciencias con bastante buen éxito. Este colegio extinguido hácia el año 1834, llegó á contar en su seno un número bastante crecido de alumnos hasta de los pueblos mas distantes de España y fuera de ella; pero este local que debió ser por su espaciosidad y magnificiencia de que aun quedan vestigios, no solo notable en Pasages sino importante en España, está en la actualidad destruido y convertido en edificio de construcción de buques ocupándole la empresa de dicho nombre.

El Pasages de Francia no tiene mas que una calle y esa labrega, sucia y húmeda; la plaza es reducida y proporcionada á la población: las casas que la componen son tambien oscuras y desaseadas como que reciben toda la injuria de las aguas saladas y todas las malezas que se desprenden del monte á cuya falda está situado. Mas adelante y siguiendo hacia el estrecho ó canal que principia en dos puntas de piedra colocadas en frente una de otra y á quienes llaman *Arundo* grande y pequeño según la posición que ocupan, se halla el castillo de Santa Isabel custodiado siempre por el número suficiente de soldados. Los habitantes de esta banda hablan un idioma desconocido, mejor dicho, un lenguaje casi universal, puesto que es una mezcla del vasconco, patois, gascon, francés é inglés; sin embargo aunque hablan poco y mal el castellano, lo comprenden generalmente así como todos los demas que dejamos mencionados.

A pocas líneas está reducida la descripción del Pasages denominado de España. Este consta tambien de una calle pero mas corta que la otra y mas mezzquina, puesto que es mas estrecha. En él se halla la iglesia de San Pedro, compuesta de tres naves bastante espaciosas, obra del arquitecto D. Manuel Carrera, según parecer de los escritores que han hablado del país vascongado. Tiene al borde del agua un castillo ó torreón de piedra, en el día abandonado y casi destruido, en el cual de tres en tres meses habitaba un regidor de la ciudad de San Sebastian, que en nombre de su ayuntamiento era teniente del puerto y ejercia jurisdicción. No muy distante de este castillo ó casa-torre, se halla una muy buena fábrica de puntas de París, tal vez la única que de este género y de tan grandes productos haya en España. Las casas que forman esta banda son lo mismo que las de la otra, si no son promes, y sus habitantes que hablan el vasconco, aunque se dedican á la agricultura y á la ganadería, la pesca es su principal alimento y ocupacion. Aquí vió la primera luz del día el marino D. Blas de Lezo, que venció en 1741 al almirante inglés Vernon.

Entre el castillo de Santa Isabel y el torreón de que hemos hablado, está el fondeadero para buques mayores, dilatándose tierra adentro la inmensa playa que haña la Herrera, Rentería y Lezo en el espacio de mas de una legua; pero si bien sucede así en los flujos ordinarios no es lo mismo en la baja mar en que queda casi en seco la ensenada, que según aseguran algunos tenia en el último siglo suficiente fondo para navios. No sabemos sin embargo como existe este descuido cuando parece que al presente se siguen cobrando los arbitrios de toneladas por privilegio real concedido á la villa, los cuales están destinados para subvenir á los gastos de una máquina construída en el siglo XVII tan solo para su limpieza. Al pié de Pasages pasa en el día el camino de San Sebastian á Francia, concluido hace poco mas de dos meses, el cual es muy bueno y mas corto, según afirman, que el antiguo de Tolosa á Irun por Hernani y Astigarraga.

Los naturales de Pasages son, como buenos guipuzcoanos, sóbrios, laboriosos, ágiles y valientes. Su actividad es estremada, y á pesar de la aspereza de su suelo y de la humedad de su clima, son

limpios y afectos al trabajo, disfrutando entre otras ventajas de la dulce tranquilidad, de la salud y robustez, y de la longevidad. Las armas de la villa se componen de dos remos cruzados sobre una flor de lis: los remos representan tal vez la profesión general de los naturales á la náutica á que se consagran; y la flor de lis, un emblema del reconocimiento de la Francia hacia Pasages por los servicios prestados por sus lanchas á la armada de aquella nación cuando la tenían bloqueada los ingleses en la Rochela. Finalmente las autoridades que residen en la actualidad en Pasages son, un capitán del puerto y un gobernador.

Grandes, constantes, é interminables han sido las contiendas entre San Sebastian y la villa de Rentería sobre el dominio, propiedad y jurisdicción de el puerto y canal de Pasages. Con este motivo se han dado por diferentes jueces, en distintos tiempos, y bajo diversos reinados infinidad de decisiones y fallos, que con corta diferencia en todos se declara pertenecer á San Sebastian aquellos derechos que tan injustamente le ha disputado Rentería. Veamos sin embargo lo que espone Garibay hablando sobre la pertenencia de este canal. «El puerto de Pasages (dice aquel escritor), siendo el mejor y mas abrigado que hay, no solo en las riberas de Guipúzcoa y Vizcaya, pero aun en las marinas de Francia, es de la jurisdicción de la villa de San Sebastian cuanto la agua cubre con sus flujos y reflujos.»

Este importante puerto, reducido en el día al estado mas deplorable ha sido uno de los mas codiciados en todas épocas por la Francia y la Inglaterra. Seria, pues de desear que el gobierno echase sobre él una mirada paternal, é hiciera por renovar en parte aquellas gloriosas épocas en que se equiparon en Pasages las escuadras mayores del Océano.

JOAQUIN G. DE GREGORIO.



LA CABELLERA DE LA REINA.

(LEYENDA).

IV.

CONCLUSIÓN.

Después de haber llevado al buen D. Alonso entré un bosque de lanzas y partesanas al través de varios patios y galerías, hiciéronle subir una estrecha y oscura escalera de caracol, practicada en el espesor del muro circular de una de las torres del alcázar, y cuya última grada servía de umbral á una habitación, que por su forma y dimensiones mas bien parecía uno de esos nichos abiertos en las paredes para colocar santos de piedra, que una estancia, en que debiera encerrarse á un cristiano. Y sin embargo en este nicho encerraron no solo al pobre caballero, sino que ya antes de él lo estaba Isaac el judío: pues este y no otro era el compañero de prision, que habian anunciado á D. Alonso.

Tan escasa era la luz comunicada á aquella sepultura de vivos por entre la estrecha aspillerá mas bien que ventana abierta á pico en el fondo del muro exterior de la torre, que ciertamente no se habrían conocido Isaac y D. Alonso, si este último no se hubiera apresurado á dirigir la palabra al primero, cuyo bul-

to confusamente percibió acurrucado en uno de los ángulos del nicho, sin dar mas señal de su presencia, que el sordo rugido semejante á un sollozo producido por su dificultosa respiración. El judío tan luego como oyó la voz de D. Alonso, incorporóse todo cuanto le fué posible para no tropezar con la cabeza en la cóncava techumbre de su lagurio, y echando amorosamente sus trémulos brazos al cuello del hidalgo, inundóle el rostro de lágrimas, que al cabo se mezclaron con las que sin poderlo evitar derramaban tambien los ojos de D. Alonso.

Pasados algunos momentos de esta mútua efusión, y al cabo de repetidos ruegos de D. Alonso, contóle el judío cuanto le habia sucedido desde su repentina separación en los términos siguientes:

—Cuando salisteis anoche, dijo Isaac, á batiros con aquellos caballeros, yo os seguí no tanto por ver si podía apartaros de aquel peligroso empeño, cuanto por ayudaros contra vuestros enemigos, si al fin no conseguia haceros desistir de aquella temeraria empresa. Pero al ir á revolver la esquina del callejón, dando sin duda debisteis trazar vuestra pelea, perdí el tino tan de repente, y me hallé rodeado de tan sepulcral silencio y oscuridad, que fueron vanos todos mis esfuerzos para seguir con la vista ó con el oído la dirección ó el rumor de vuestros pasos. Ciego y desalentado entremé por varias calles y callejas, di la vuelta á todo el alcázar, trepé al muro por ver si habiais salido al campo; y en ninguna parte os pude hallar, ni de nadie pude recabar informe ni indicio, que me aprovechara para encontraros....

—Pobre Isaac, le interrumpió D. Alonso santiguándose poco menos que de pies á cabeza: ni era fácil que me hallárais. Me tenia en su poder quien sabe hacer vana toda la ciencia del hombre; y no eran las plegarias de un judío bastantes á contrastar aquel poder. Sigue, Isaac, sigue.... tú no puedes entenderme lo que te estoy diciendo.

—Señor D. Alonso, replicó entonces Isaac con tono solemne, oídme hasta el fin, y no blasfeméis de la Providencia. Yo llegué á saber dónde, cómo y con quién estabais: lo supe antes que vos, y mejor que vos tambien....

—Isaac! qué estás diciendo? exclamó D. Alonso, apartándose del judío con supersticioso temor.

—No huyáis de mí, buen caballero: antes bien, dadme vuestra mano, y apretadla hoy mas que nunca contra vuestro corazón, porque os juro que hoy es el día mas grande de mi vida. El ángel del Señor ha disipado las tinieblas de mi espíritu... Bajo este seno casi helado ya por la vejez tate á la hora presente el corazón de un cristiano.... Cuando en medio de mis tribulaciones invocaba yo al Dios de mis padres, sentía en el alma un vacío indefinible, porque no penetraban en ella ni la verdad ni el consuelo.... Anoche era tal la angustia de mi espíritu, tan grande la inquietud que por vos sentía, señor D. Alonso, que empecé por preguntar á las estrellas el misterio de vuestra suerte; pero todos los cálculos de mi pobre ciencia fallaron, y nada alcancé á saber de vos.... Entonces, como si una luz del cielo hubiera de pronto iluminado mi mente, recordé las orillas de nuestro hermoso Tajo; pensé en nuestra hermosa Lusitania; y así de recuerdo en recuerdo, penetré con la imaginación en nuestro monasterio de Helsen. Creíme arrodillada ante el altar

de la madre de Cristo, y mis labios murmuraron una oración pidiéndola que os libertase de todo peligro; y ante el ara sagrada juré purificar mi alma y mi cuerpo en las fuentes bautismales.

—Lado sea Dios, buen Isaac: hace ya largo tiempo que en mis cortas oraciones he pedido al Redentor del mundo me otorgara la dicha de llamarte mi hermano en Cristo....

Dicho esto, tomó D. Alonso á abrazar al anciano, quien prosiguiendo su interrumpido relato, dijo:

—En esta disposición de ánimo, resolví encaminarme al alcázar, no tanto por si podía encontraros allí ó saber algo de vos, como por hablar al obispo de esta ciudad, que segun me habian dicho, se hallaba en la estancia de la reina....

—¿Pues qué tenias tú, buen Isaac, que hacer con el santo prelado?

—Primero, comunicarle el estado de mi alma y pedirle su bendicion, y luego poner en su noticia lo extraño y sobrenatural de la aventura, que acababa de sucederme al querer seguir vuestros pasos. Porque habeis de saber que en cuanto me referisteis ser vos, señor D. Alonso el que robó á maese Duran en Lisboa la cabellera de Doña Juana, y al ver despues la sería de extraños y peligrosos sucesos, en que desde aquella fecha estais empeñado, no puedo menos de recordar á toda hora un hecho, que cuando ocurrió, ninguna importancia tenia para mí, y que despues me ha parecido, y ahora me parece sobre todo deberse tener en gran cuenta....

—Hablad, ¿Qué hecho es ese, que decis?

—Recordo que cuando mandé cortar la cabellera á Doña Juana, durante la enfermedad que la tuvo á las puertas de la muerte, la oí hacer un voto á la Virgen de Belen, prometiendo consagrarla sus cabellos para que adornasen la cabeza de la Santa Imagen... Yo, que entonces tenia por una supersticion esta clase de promesas, reime del voto de Doña Juana y me alegré de vérselo olvidar hasta el punto de que cuando ya se halló fuera de peligro, mandase á maese Duran hacer con los propios cabellos ofrecidos una cabellera postiza. «Cuan mejor empleados no estarán, dije para mí, esos hermosos cabellos adornando la hermosa cabeza de donde han sido cortados, que no cubriendo una imagen de...!» Dios me perdone mis blasfemias de entonces....

Sin duda se disponia Isaac á deducir consecuencias del hecho que de referir acababa, cuando empezó D. Alonso á darse golpes de pecho con tan profunda compuncion, y á dirigir en alta voz tan humildes preces á la Virgen de Belen, que movido Isaac por el ejemplo de piedad tan religiosa, arrodillóse junto á D. Alonso, cruzó como él sus manos, y empezó á repetir mentalmente las oraciones que le oia. Pasado largo rato en este edificante ejercicio, sintióse Don Alonso mas aliviado de su mortal inquietud, y en breves frases refirió á Isaac todo lo que le habia ocurrido desde que él se habia separado; su misteriosa pelea en el callejon; la aparicion repentina de maese Duran, su largo y tenebroso viaje por los subterráneos del alcázar, su entrada y presencia en la estancia de Doña Juana; las escenas que vió en ella; en fin todo, sin ocultar el menor incidente.

Entre estos reciprocos relatos y á causa tambien de la oscuridad de su prision, no advirtieron nuestros

héroes que estaba ya muy entrada la mañana, ni se apercibieron tampoco del estrépito producido por multitud de voces y pasos que desde los patios del alcázar se iban dirigiendo hácia la torre.

Pero para explicar ahora la causa de este estrépito, necesitamos volver la vista á la estancia de Doña Juana, y referir del mejor modo posible algunos sucesos ocurridos en ella, desde que la dejamos para seguir á su prision á D. Alonso.

Las damas de la reina, en vista de lo que les habia pasado la noche anterior peinando á su augusta señora, se aprovecharon del letargo en que esta quedó sumida, para colocarla en su lecho, y para dirigir despues un mensaje al obispo de Segovia con el fin de referirle cuanto habian visto. Oyólas en efecto el venerable prelado con menos sorpresa de la que las damas esperaban, y como hombre que estaba ya muy al cabo de cuanto le referian. Despues que las hubo oido, limitóse á decirles que por aquella noche creia conveniente quedarse á velar en una estancia contigua á la de la Reina, y á prevenirles se le diese cuenta de toda persona que fuese al alcázar preguntando por el ó por Doña Juana.

Pero lejos de cumplirse con exactitud esta última orden del prelado, fué de tal manera desobedecida, que en vez de presentarle al judío Isaac, cuando este fué á buscarlo al alcázar, lo encerraron en la torre con el fin de impedirle ejerciese las diabólicas artes de que le suponian autor; pues en cuanto le vieron judío y viejo, tuvieronlo por el maleficador de la reina, cuya temerosa aventura habia trascendido rápidamente y circulado de boca en boca. Así es que todos los semblantes revelaban una inquietud sombría, y no faltaba quien creyendo hallarse apoderadas del alcázar todas las legiones infernales, habria dado algo bueno por hallarse á quinientas leguas de él. Empero la lealtad fué en todos mas poderosa que el miedo, y todos juraban con la ayuda de Dios y de su espada, amparar á su regia señora en cuanto hubiese menester.

Esta entretanto continuaba abismada en un casi mortal parasismo, y así estuvo hasta las nueve del siguiente dia, hora en que recobrando el sentido, dejó el lecho para sentarse junto á la ventana de su cuarto y recibir en sus yerros miembros el dulce calor de los rayos, que por entre los vidrios comunicaba el sol de uno de los dias mas limpios y serenos de aquel año.

Mas fué el caso que estando así Doña Juana al rayo del sol, que entraba por su cámara, le encendió un fuego tan repentino y devorador en la cabeza, que sin poderla valer el socorro de las damas, abrasó casi toda su cabellera, produciendo una llama sulfúrea y un olor tan pestilente, como si se hubiera quemado pez ó resina.

Al ruido de este suceso acudió el obispo, que aun se hallaba en la cámara inmediata, y halló poco menos que exánime á la Reina, y mas muertas que vivas á sus damas. Conociendo el prelado toda la gravedad del caso, apresuróse á imponer silencio á estas sobre lo ocurrido, y sin contar mas con ellas, prestó á Doña Juana varios auxilios, merced á los cuales logró verla á cabo de largo tiempo tornar en sí, aunque dando muestras de un desacierto y extravío tal en su razon, que verdadera-

mente parecía haberla del todo perdido, según eran desordenadas las terribles palabras que pronunciaba en medio de su delirio, atravesando en tanto la estancia en todas direcciones, como si huyese de alguna visión que la persiguiera.

Al verla en tal estado, juzgó el obispo llegada la ocasión de murmurar algunos conjuros, y así lo hizo en efecto durante un breve rato, hasta que considerando que no estarían tampoco demás en aquel lance los auxilios de la ciencia humana, dispuso llamar inmediatamente al médico de la Reina. Corrieron en efecto á buscarle; pero no hallándolo en la estancia, que ocupaba ordinariamente dentro del mismo alcázar, y en vista de la creciente inquietud del obispo por proporcionar socorro á la enferma, ocurrióle á un escudero mencionar al judío, que había visto prender la noche antes, indicando la posibilidad de que el tal judío, como muchos de su raza supiese algo de medicina, y pudiera en consecuencia suministrar los remedios más urgentes.

Dicho y hecho. A una señal del obispo partieron atropelladamente varios caballeros y escuderos en busca del judío; y sus pasos precipitados y confusas voces eran lo que producía el estrepito no advertido por los dos prisioneros hasta que le sintieron á las puertas mismas de su prisión.

En cuanto se abrieron estas preguntó al judío uno de los que lo buscaban.

—Sabreis dar algún socorro á una señora enferma de mucho peligro?

—Con la ayuda de Dios, espero que sí, respondió Isaac.

—Pues venid con nosotros, le añadió su interlocutor.

—No será, respondió el judío, sino que también conmigo lleveis á este caballero.

—Venga también, si es preciso para que vos vengáis.

—Vamos pues, señor D. Alonso, dijo el judío á su compañero: el corazón me dice que no en vano hemos apelado á la clemencia divina.

Pocos instantes después entraba Isaac en el cuarto de la Reina en compañía de D. Alonso.

Así que Doña Juana vió al judío, clavó en él los ojos, y le estuvo contemplando absorta algunos momentos, al cabo de los cuales le preguntó súbitamente con tono amenazador.

—¿Qué has hecho de mis cabellos, judío de Sathán? Tú eres quien se los robó á la Virgen; ¿dónde los tienes?

A esta pregunta de la Reina siguió un sordo rumor de imprecaciones y amenazas que contra el pobre Isaac pronunciaron los pocos caballeros, que con él habían penetrado en la estancia. El mismo obispo empezó á mirarlo con una siniestra prevención que nada bueno auguraba á favor del judío, hasta que este sin intimidarse, se dirigió al santo prelado, besó la cruz de su pectoral, y le dijo con recato.

—En nombre de Jesucristo, concededme unos momentos de audiencia.

Estos actos y palabras debieron inspirar una repentina confianza al prelado, pues que accediendo á la demanda del judío, se lo llevó á un ángulo de la estancia y conversó con él algunos instantes, al

cabo de los cuales, imponiéndole las manos sobre la cabeza, le dijo con acento solemne y para que todos lo oyeran.

—Yo te recibo en la grey de Jesucristo; levántate, Isaac, y ejecuta los decretos de la divina justicia.

Hecho esto, y mientras que todos los presentes estaban mudos de asombro y sorpresa al ver lo que pasaba, llegóse Isaac á D. Alonso, y después de hablarle algunas palabras y recibir de sus manos una cabellera, tornó á acercarse al lecho de la Reina, y la dijo con respetuoso y tierno acento.

—Tomad vuestros cabellos, señora: guardadlos, si quereis, para adornar vuestra cabeza; pero si os place consagrarlos al primitivo destino, que vuestra piedad les había dado, encomendadme á mi el encargo de hacerlo, pues es la voluntad de Dios que mis manos se purifiquen, antes de que yo baje á la última morada.

Largo y religioso silencio siguió á las palabras de Isaac. La Reina parecía ir recobrando su razón, y lo que mayor muestra dió de ello, fué decir al obispo que mandase salir de la estancia á todos los presentes, menos los que él quisiese que se quedaran. En virtud de este mandato, quedáronse el obispo, Isaac y D. Alonso; y en cuanto los demás se hubieron ido, arrodillóse ante el prelado Doña Juana, y le dijo:

—Padre, dadme vuestra santa bendición, y rogad á la Virgen que me perdone. Yo la consagro estos cabellos, que Dios sin duda me restituye, y en castigo de mi culpa, prometo llevar la cabeza cubierta durante un año con tocas de viuda, y mi cuerpo ceñido con un cilicio.

Natural parecía que durante esta religiosa escena, estuviese D. Alonso atendiendo á ella sin ocuparse de otra cosa; pero sin poderlo remediar, había fijado la vista en el mismo espejo, que la noche anterior se había negado á reproducir su imagen, y había visto en él la figura de maese Durán, no ya plegando sus delgados y verdosos labios con aquella sonrisa que tanto amedrentaba al buen caballero, sino con facciones desencajadas por la ira de Luzbel pintada en todo su semblante. Miró después Don Alonso al cuarto por ver si en él estaba la visión del espejo, pero á nadie más encontró que á la Reina y á Isaac arrodillados recibiendo la bendición del obispo, ante quien él se postró en la misma actitud, diciéndole:

—Padre, bendecidme á mi también.

Recibió en efecto también la bendición del prelado, y tornando entonces de nuevo la vista al espejo, solo halló en él una nube de negruzco vapor que poco á poco se fué disolviendo, y perdiéndose en el fondo de un inmenso horizonte, en cuyo término vió reflejado el santuario de la Virgen de Belén.

La Reina recobró á poco la salud y la alegría. Isaac, después de haber sido bautizado por el obispo de Segovia, tornó á Lisboa con D. Alonso, quien al informarse de maese Durán para tratar de libertarlo, supo que había muerto algunos días antes. Comprobando fechas D. Alonso halló que maese Durán había dado el alma á Dios como un buen cris-

tiano la noche misma y á la misma hora en que él entraba en Segovia con su buen amigo Isaac.

Por consiguiente, ¿quién era el maese Duran con quien viajó D. Alonso por los subterráneos del alcázar? No lo dice la crónica, pero barto lo sabian

la Reina Doña Juana, el obispo de Segovia, Isaac el viejo, y el muy ilustre caballero D. Alonso Carvalho Rousinho de Moya y Castelnovo.

GAVINO TEJADO.



POESIA.

A FIO IN.

ODA. (1)

Dedicada al Excmo. Sr. D. Facundo Infante.

Habló el Señor! su voz omnipotente
 atruena la estension del ancho mundo,
 y á su acento profundo
 levanta el hombre la inspirada frente!
 Qué majestad inspira
 esa voz celestial que al par ostenta,
 el dulce acorde de apacible lira
 y el terrífico son de la tormental!
 Se oye en todo el espacio
 por cuanto dora el sol, y la mar baña,
 y así retumba en el real palacio
 como en la pobre y misera cabaña.
 Qué corazón no mueve?
 Cuando habla Dios, el mundo se conmueve!
 Gloria á tí, gloria á tí, que desde el cielo
 bajaste á transmitir del Dios clemente,
 al triste inmundo suelo
 esa voz elocuente!
 Salve, genio jigante,
 para quien nunca encontrará la historia,

(1) Tenemos el gusto de dar publicidad á esta magnífica composicion, que ha valido á su autor lisonjeras felicitaciones de un círculo literario, compuesto de personas muy entendidas, ante el cual la leyó, y de los periódicos que han tenido ocasion de conocer el manuscrito: nuestros lectores verán la conciencia y el buen estilo con que está desempeñado este trabajo, que se distingue además por la sublimidad y riez entonacion de los pensamientos.

en sus páginas de oro y de diamante
 un nombre á tanta gloria!
 Salve, tú oh rey de la ciudad sagrada,
 dó te elevas sublime como el cedro,
 y con alma inspirada
 en el solio te asientas de San Pedro!
 Tú á quien el mundo en su dolor invoca,
 y encima de los siglos te coloca,
 Mas ay! que apenas mi cantar levanto
 nace el temor, y el ánimo resfria:
 que para ser tan grande lo que canto,
 es muy débil por Dios la lira mía.
 Cual el injusto Agamenon temblaba
 entre su hueste de guerreros miles,
 y el encono ocultaba
 ante el furor del invencible Aquiles:
 y cual absorto el robador de Elena,
 Paris querido de la bella diosa,
 sentia de pavor el alma llena
 al aprestarse á lucha desastrosa:
 tal siento desfallece mi cabeza,
 tu genio al contemplar y mi pobreza.
 Yo te comprendo, si, yo al mundo entero
 tu gloria cantaria;
 mas no alcanza á tu altura la voz mia,
 para cantar, mereces un Homero.
 No es del hombre vulgar, cuya mirada
 solo alcanza á la tierra;
 penetrar la sagrada
 nube que al genio y su creacion encierra.
 Ni puede el ruiseñor del verde prado,
 ni puede el ave de nezcquino vuelo,
 seguir el giro osado
 del águila caudal que sube al cielo.
 Mas si me falta voz para cantarte,
 me sobra corazón para admirarte.
 Para admirarte, sí, porque en tí miro
 del alto Dios la ciencia,
 y en tus actos admiro

el sello de la eterna omnipotencia.
 Ella te inspira el entusiasmo ardiente
 de esa deidad querida,
 de ese dulce presente
 en la aurora legado de la vida.
 Ella á tu corazón hace que vibre
 con éxtasis de encanto,
 ella te enciende el pecho en fuego santo,
 ella te dice en fin, *que el hombre es libre:*
 don celestial, á cuyo santo nombre
 brota heroísmo el corazón del hombre!
 Ya de Escipión renacen los laureles,
 las dulces trovas de Petrarca amante,
 el son terrible del profundo Dante,
 y de Miguel los mágicos piuceles.
 Y responde á tu acento
 desde la cumbre del sagrado Pindo,
 el celestial concerto,
 la voz suave del cantor de Olindo.
 Surgen llamas ardientes
 de aquella independencia,
 que aclamaron valientes
 los mártires de Mantua y de Florencia;
 abriéndose las puertas de su tumba
 á tu palabra que hasta allí retumba.
 Tú eres el genio de la Italia hermosa;
 en ti aun el mundo la contempla bella,
 como se mira en noche tenebrosa,
 rica de luz resplandeciente estrella.
 De los Gracos la noble bizarría,
 el heroísmo de Catón sagrado,
 inspiras á ese pueblo degradado
 por diez siglos de horrenda tiranía.
 En ti renace la nación gloriosa,
 magnífica en la paz, fuerte en la guerra,
 que ya no es mas que solitaria fosa
 de tantos héroes cuya tumba encierra!
 Hoy por ti aquella Italia tan querida
 con su antiguo esplendor vuelve á la vida.
 Vedle...! no aumbla su serena frente
 de la falsa virtud el ceño adusto,
 ni predica al creyente
 guerra y desolación su labio augusto.
 Es su doctrina el Evangelio santo,
 fuente de libertad y de ventura,
 protesta que hizo Dios desde su altura,
 y que escuchó el averno con espanto.
 Sabio conjunto de divinas leyes
 que el déspota rasgó con mano impía;
 porque iguala al pechero con los Reyes
 y combate la infanda tiranía.
 Porque hizo en él el Hacedor profundo,
 no libre á un pueblo, sino libre al mundo.
 «No mas el yugo impío
 humille del Creador la noble hechura.»
 tal dijo el grande Pio
 al recibir la sacra investidura.
 «No mas el ominoso fanatismo
 aparte de la Iglesia al inocente,
 ni haga dudar de un Dios omnipotente,
 ni oscurezca la luz del cristianismo.
 Sed hermanos mortales,
 aunque adoreis á Dios por varios modos,
 que un «bismo de penas eternas,
 y una gloria inmortal hay para todos;

ay de la hipocresía
 cuando el sol brille del tremendo día!»
 Las bóvedas del régio Vaticano,
 estas voces divinas repitieron,
 y en breve instante resonar se oyeron
 del ancho mar de Oriente al gaditano.
 «Dios se hizo oír,» el universo esclama,
 atronando la cóncava techumbre,
 «Habló,» repite por do quier la fama
 «con palabras de amor y mansedumbre.»
 Grande como los raudos aguillones,
 sublime como el mar, como la tierra,
 birió los corazones
 esa voz grande que á Satan aterra;
 y que á sacar bastó del cieno inmundo,
 la soberbia creación que llamó el mundo.
 Habló el Señor, lo ois? doblad la frente,
 vosotros criminales,
 que en su nombre con ímpetu inclemente
 sois el verdugo atroz de los mortales.
 Doblad la frente, sí; dónde el osado,
 dónde el impío está que en su fiera
 lo escuche sin temblar? nos ha legado
 un monstruo tan feroz naturaleza?
 Cuando aun el mundo su carrera pára
 á influjo de esa grande omnipotencia;
 temiendo si la voz que lo formara,
 ha señalado el fin de su existencia;
 alienta que no tiemble un ser tan solo,
 de confin á confin, de polo á polo?
 Mas ay! el Hacedor que de la tierra
 y los astros dirige el orden sabio,
 mil secretos hondísimos encierra
 que nunca dijo su amoroso labio!
 Secretos insondables,
 que á sorprender en vano se ambiciona;
 que abismos son de dudas perdurables,
 y que la fé del corazón sanciona.
 Solo así se comprende
 ese furor insano,
 que en el odiado fanatismo enciende
 la enseña que enarbola el Vaticano;
 sin que del cielo la justicia asome,
 y el infierno sobre él no se desplome.
 Ved al Austria que fiera se avalanza,
 como el león que devorar codicia;
 dada á fiera venganza
 y hollando la razón y la justicia.
 Decid viles esclavos,
 verdugos de Polonia,
 á esa tierra de bravos
 pretendéis transformar en vil colonia?
 Es la ambición de tu mezquina corte,
 que á la Europa aniquila,
 el que otras tribus bárbaras del Norte
 la obra completen del feroz Atila?
 ó acaso, patria mía,
 la Polonia serás del Mediodía?
 Huye horrenda vision! no ante mis ojos
 vengas, para llenarme de amargura;
 llevando mi ventura
 y mis sueños de gloria por despojos.
 Habrá escrito la suerte
 que sangriento puñal ó vil veneno,
 difundan ay! la muerte

en ese corazón de vida lleno?
 Será que un asesino,
 en fiero instante pueda,
 las leyes trastornar del ser divino
 y hacer que el mundo entero retroceda ;
 cual emponzoña envenenado cieno,
 las limpias aguas del arroyo ameno?
 Mas Dios, oh inmortal Pió,
 que su acento de amor darte pluguiera,
 á tu brazo dará su poderío,
 porque impávido sigas tu carrera.
 A los rayos divinos de su lumbré,
 combate el fanatismo;
 que solo con amor y mansedumbre
 existe la verdad del cristianismo.
 Avanza, pues, con ánimo esforzado
 y realiza tus santas concepciones;
 para luchar, se encuentran á tu lado,
 todos los generosos corazones.
 De la opresion el hórrido vestiglo
 caerá muerto á tus pies.... Tú eres el siglo!!
 Madrid 28 de Octubre de 1847.

EMILIO BRAVO.

CRONICA.

.. Hemos visto la primera entrega de la nueva edicion de la novela que se titula *Doña Blanca de Navarra*, original del Sr. Navarro Villoslada. Ya en otra ocasión recomendamos á nuestros lectores la adquisicion de esta interesantísima y bien escrita crónica, que sale ahora á luz con una nueva parte titulada *Quince días de reinado*, y con el adorno de preciosas láminas grabadas en madera con el mayor esmero. Tres ediciones agotadas en muy poco tiempo y los elogios unánimes de la prensa, son motivos mas que suficientes para excitar la curiosidad de los que no conozcan esta lindísima leyenda, una de las producciones mas notables en su género que de mucho tiempo á esta parte se han impreso en España, y que aparece ahora aumentada con una parte inédita. Se suscribe en la librería de Gaspar y Roig, editores.

.. Se ha publicado un *Catálogo del Museo de Antigüedades de la Biblioteca Nacional de Madrid*, escrito por D. Basilio Sebastian Castellanos, que contiene curiosísimas noticias y que debe ser de mucha utilidad á los que visitan este establecimiento. Se vende á 6 rs. en la imprenta de Sanchiz, calle de las Huertas, números 16 y 18.

ESPAÑA PINTORESCA.



El puente de Behobia.